

# EL CUENTO DEL LOBO FERROZ

*Daniel Pallarola*

*Para niños de 8 a 11 años*

## INTRODUCCIÓN

Esta historia transcurre en un pequeño poblado de campesinos donde muy cerca había un bosque. Un bosque en el que habitaba un lobo feroz, quien será el protagonista de esta larga historia... ¿La leemos juntos?

### I

En este pueblo había un pastorcito muy famoso por sus bromas pesadas. Un día que estaba aburrido, tuvo una idea. Una tarde mientras cuidaba su rebaño, empezó a gritar: “¡EL LOBO, EL LOBO... SE ESTA COMIENDO A MIS OVEJAS!”. Imagínense el susto de los campesinos. Inmediatamente todo el poblado tomó sus armas y fue a ayudar al pequeño pastor. Al llegar descubren que todo era una de sus bromas. El malestar de todos era enorme, ya que tuvieron que dejar de hacer sus tareas, para socorrerlo. Sin embargo, el pastorcito se reía a lo grande.

A todo esto y desde lo oscuro del bosque cercano, el lobo observaba todo.

A los dos o tres días, el pastorcito hizo el mismo chiste. Y de nuevo todos acudieron en su ayuda. Y la misma escena: el pastor riéndose y los campesinos enojados reprendiendo al niño pastor. Pero éste hizo oídos sordos y no los escuchó.

Otro día que estaba aburrido decidió hacer el mismo chiste. Pero esta vez el lobo, que vio al pastorcito con ganas de hacer la misma broma, se anticipó y empezó a correr a las ovejas. Esta vez el pequeño pastor empezó a los gritos: “¡EL LOBO, EL LOBO... ESTA VEZ ES VERDAD, SE ESTA LLEVANDO A MIS OVEJAS!”. Pero nadie fue a ayudarlo por más que gritaba una y otra vez.

Así fue como el lobo cenó abundantemente, mientras el pastorcito lloraba arrepentido de haber mentado; ya que cuando dijo la verdad nadie le creyó, pensando que era otra más de sus bromas.

### II

Pero al lobo, durante semejante atracón, parece ser que se le atravesó un huesito en la garganta. Si bien le molestaba, podía respirar normalmente.

Algunos días después, mientras caminaba por el campo, ese hueso cambió de posición y empezó a ahogarlo. Afortunadamente pasaba por allí una cigüeña y ante el desesperado pedido de ayuda del lobo feroz, compadecida, se detuvo. El lobo mediante señas le explicó lo que le pasaba. Entonces la cigüeña introdujo su largo pico en la garganta del lobo y extrajo el incómodo hueso.

Muy satisfecho y sin decir nada, el lobo dio media vuelta y se dirigió al bosque.

—Amigo lobo —le reclamó la cigüeña con suavidad—, me debes la cuenta por mis servicios y ni siquiera me das las gracias.

—¡Estás loca! —respondió el lobo—. ¿No tienes bastante con haber salido libre de mi boca? Eres tú quien debe agradecerme — y continuó su camino hacia el bosque.

La cigüeña ofendida pensaba: “Es propio de los fanfarrones y egoístas no dar mérito a la obra de los demás”.

### III

También en este pueblo vivía una niña que siempre llevaba una capa con capucha de color rojo. Todos la llamaban Caperucita Roja, y era amiga del pastorcito. Ella misma le decía que no debía hacer esos chistes y que algún día sus bromas iban a terminar mal, como por ejemplo cuando vino el lobo y le comió a sus ovejas.

Un día la madre de Caperucita, le dio una cesta con comida para que se la llevara a su abuelita, que estaba en la cama enferma. La abuela vivía al otro lado del bosque, y la madre le dijo que le preguntara al pastorcito si podía acompañarla. Lamentablemente el niño no podía ir con ella. Entonces la madre le advirtió a la niña que no se entretuviera por el camino y que fuera lo más rápido posible a la casa de su abuelita.

Pero era un día a pleno sol. El bosque estaba lleno de flores y mariposas, y en los árboles cantaban los pajaritos. Caperucita, olvidando los consejos de su mamá, se entretuvo recogiendo florcitas, contemplando a los animalitos y escuchando cantar a los pájaros.

Tan distraída estaba que no se dio cuenta de que iba siguiéndola el lobo, escondiéndose tras los árboles y entre los matorrales.

Ahora bien el lobo, que consideraba al bosque su hogar y lo quería mucho, siempre trataba de mantenerlo ordenado y limpio. Ese día soleado, mientras estaba recogiendo las basuras dejadas por unos excursionistas, sintió pasos. Se escondió detrás de un árbol y vio a una niña vestida en forma muy divertida: toda de rojo y su cabeza cubierta, como si no quisiera que la vieran. Andaba feliz y comenzó a cortar las flores del bosque, sin pedir permiso a nadie, quizás ni se le ocurrió que estas flores no le pertenecían. Naturalmente, el lobo se puso a investigar.

De pronto, el lobo se presentó ante la niña, fingiendo que pasaba por allí de casualidad, y le dijo:

—Hola, pequeña, ¿cómo te llamas?

—Caperucita Roja —contestó ella cantando y bailando.

—¿Y adónde vas con esta cesta?

—Voy a casa de mi abuela, que vive al otro lado del bosque y está enferma. Por eso le llevo el almuerzo.

Al lobo le pareció una buena niña, pero estaba en su bosque, cortando flores. De repente, sin ningún remordimiento, mató a un mosquito que volaba libremente, pues también el bosque era para él. Así que decidió darle una lección y enseñarle lo serio que es meterse en el bosque sin anunciarse antes y comenzar a maltratar a sus habitantes. Entonces le dice:

—Te propongo un juego —dijo el lobo—. Tú vas por ese camino, y yo por ese otro, a ver quién llega antes a la casa de tu abuelita.

—De acuerdo —dijo Caperucita, y se fueron cada uno por su lado.

La dejó partir primero y el lobo corrió, por el camino más corto, a la casa de la abuela. Cuando llegó abrió la puerta una simpática viejecita, le explicó la situación y ella estuvo de acuerdo con que su nieta merecía una lección. La abuelita aceptó permanecer fuera de la vista hasta que él la llamara y se escondió adentro del ropero. Hurgando en los cajones de la anciana encontró un camisón y un gorro de dormir, y se los puso. Luego corrió las cortinas para que en la habitación hubiera poca luz y se metió en la cama de la abuela, tapándose hasta los ojos con las mantas.

Entretanto, Caperucita, que había ido por el camino más largo, seguía entreteniéndose recogiendo flores y escuchando a los pájaros.

Por fin llegó a casa de su abuelita y llamó a la puerta.

—Pasa, hijita, la puerta no está cerrada —dijo el lobo imitando la voz de la abuela.

Cuando llegó la niña, el lobo la invitó a entrar al dormitorio donde estaba acostado, vestido con la ropa de la abuelita. Caperucita entró y se acercó a la cama de su abuela. Como había poca luz, no se dio cuenta de que era el lobo y se sentó a su lado. Pero a medida que se iba acostumbrando a la oscuridad, la niña iba notando el extraño aspecto de su abuelita. Sonrojada, dijo algo desagradable acerca de las grandes orejas del lobo.

—Abuelita, qué orejas tan grandotas tienes —dijo.

Ha sido insultado antes, así que el lobo trató de ser amable y, disimulando la voz, le dijo:

—Son para oírte mejor.

Ahora bien, le agradaba la niña y trató de prestarle atención, pero ella hizo otra observación insultante acerca de los ojos saltones del lobo feroz.

—Abuelita, qué ojos tan grandotes tienes.

Ustedes comprenderán que el lobo empezó a sentirse enojado. La niña tenía bonita apariencia, pero empezaba a serle antipática. Sin embargo, pensó que debía poner la otra mejilla y le dijo:

—Son para verte mejor.

Pero su siguiente insulto sí lo encolerizó. Siempre ha tenido problemas con sus grandes y feos dientes y esa niña hizo un comentario realmente grosero.

—Abuelita, qué... qué dientes tan grandotes tienes...

—¡Para comerte mejor! —gritó el lobo. Y saltando de la cama, se abalanzó sobre Caperucita con la boca abierta de par en par y los ojos brillando como carbones encendidos. Incluso el lobo reconoció que debió haberse controlado, pero esa niña empezó a correr por toda la habitación gritando y él corría detrás de ella tratando de calmarla. Como tenía puesta la ropa de la abuela y le molestaba para correr, se la quitó, pero fue mucho peor. La niña gritó aún más. “¡SOCORRO, ABUELITA! ¡EL LOBO ME QUIERE COMER!” gritaba la pobre niña huyendo del lobo.

La abuela, que seguía encerrada en el ropero y se había dormido, se despertó al oír los gritos de Caperucita y salió de allí algo atontada. Al ver la escena, también empezó a correr por toda la casa y a gritar socorro. Pero debido a lo avanzado de su edad y del susto al despertarse, la abuelita se olvidó por completo del trato hecho con el lobo. Por eso creía que el lobo se iba a comer realmente a la niña.

Pasaba por allí cerca un campesino, y al oír los gritos de Caperucita y la abuela se detuvo a escuchar atentamente. Como sabía que la niña era amiga del pastor bromista, se aseguró que fuera cierto lo del lobo. Miro desde lejos por la ventana y al ver al lobo corriendo a Caperucita y a su abuelita, acudió enseguida.

De repente, la puerta se abrió y entró el campesino con un hacha enorme y afilada. El lobo lo miró y comprendió que corría peligro, así que saltó por la ventana y escapó, escondiéndose en el bosque.

—¡Caperucita querida! —exclamó la abuela— ¡Precisamente hoy tenías que venir a visitarme! ¡Cualquiera diría que el lobo te estaba esperando!

—Así es, abuelita —confesó la niña—. Me encontré con él en el bosque y pensé que quería jugar conmigo.

— No debes jugar con ese lobo —le reprendió el campesino—. Ya se comió algunas ovejas del pastorcito

—¡Ay, Caperucita! ¿Cuántas veces te hemos dicho tu madre y yo que no te entretengas en el bosque ni te fíes de los desconocidos?

—¡Tienes razón, abuelita, no volveré a hacerlo nunca más!

Y la anciana y la niña se abrazaron, temblando aún del susto.

Cuando volvió a su casa, Caperucita le contó lo ocurrido a su madre y prometió no volver a entretenerse en el bosque.

#### IV

Recuperado del susto con Caperucita Roja y en una hermosa noche de luna llena, el lobo se encontró por el campo con un perro. El lobo estaba flaco y hambriento, mientras que el perro, por el contrario, estaba robusto y bien alimentado, y parecía muy satisfecho.

—¿Cómo te las arreglas para comer tan bien? —preguntó el lobo con algo de envidia

—Muy sencillo —contestó el perro— tengo un amo que me alimenta a cambio de algunos pequeños servicios. Ven mañana a mi casa. Tal vez haya trabajo para ti también.

El lobo se marchó dando las gracias al perro, y al día siguiente se presentó en su casa, ubicada en el pueblo.

Vio, entonces, que su amigo estaba atado con una cadena, y se quedó muy sorprendido.

—De día me tienen atado —le explicó el perro—. Pero lo único que tengo que hacer es cuidar la casa y el gallinero. Cualquier cosa que pase, yo ladro y le aviso a mi amo.

Pero el lobo no quiso saber nada de aquel trabajo, ya que además el amo del perro era el campesino que lo quiso matar en la casa de la abuela de Caperucita. De regreso al bosque iba diciéndose:

—Prefiero pasar hambre y ser libre en mi bosque, que dejarme atar a cambio de la comida.

#### V

Sin embargo las palabras del perro le resonaron mucho tiempo en la cabeza. Pero el lobo, mantuvo firme la idea de ser libre.

Al poco tiempo, el hambre del lobo era insoportable. En el cuidado bosque no había alimento para él, ya que es un animal carnívoro. Por eso el día que vio otro rebaño de ovejas, decidió contemplarlas atentamente para ver si por fin, podría comer algo... como aquella vez con el rebaño del pastor mentiroso.

Pero en este rebaño de ovejas blancas como la nieve, había una ovejita negra. Esta era la primera vez que en aquel rebaño había nacido una oveja negra, y al principio todas la miraban con curiosidad, manteniéndose a cierta distancia. Incluso Caperucita y el pastorcito estaban asombrados por la particular oveja.

Muy pronto, las demás ovejitas empezaron a burlarse de ella a causa de su color.

—¿Por qué quieres jugar con nosotras? —le decían—. Tú no eres una oveja; eres tan negra como el lobo, nuestro gran enemigo... ¿No serás hija suya?

La pobre ovejita negra se ponía muy triste cuando las demás le decían estas cosas y no la dejaban jugar con ellas.

Hasta que un día la oveja negra se marchó del rebaño dispuesta a encontrar la forma de convertirse en una oveja blanca como todas las demás.

Al cabo de unas horas, la ovejita negra llegó a un molino y vio al molinero llenando unas bolsas de harina.

“Si me revuelco en ese polvo tan blanco —pensó la oveja—, yo también pareceré blanca.”

De modo que la ovejita negra se acercó al molinero y le pidió permiso para revolcarse en la harina. El molinero, que era un hombre muy amable, le dijo que sí, y la ovejita, muy contenta, se revolcó en la harina hasta quedar completamente recubierta de aquel polvo tan blanco y suave.

Pero le entró un poco de harina en la nariz y la hizo estornudar. A causa del estornudo, parte de la harina se desprendió de su cuerpo, y entonces la ovejita se revolcó en el yeso con el que un campesino estaba reparando las paredes de la casa de la abuelita de Caperucita. Como la anciana ya se había recuperado del susto con el lobo, decidió arreglar su casa.

El yeso no se desprendía de su cuerpo al moverse, como la harina, por lo que la oveja negra, que ahora era blanca, volvió muy contenta al rebaño, convencida de que las demás la aceptarían. Pero el yeso, al secarse, se endurece, por lo que al cabo de un rato la pobre oveja negra ya no podía moverse. Sobre su cuerpo se había formado un duro cascarón, y ni siquiera podía abrir la boca para pedir ayuda.

—Miren, alguien ha puesto una estatua en mitad del campo —decían las demás ovejas al verla, y se burlaban de ella.

Incluso al lobo, que miraba oculto en la ladera de una colina, le pareció extraña aquella escultura. Afortunadamente, esa misma tarde se puso a llover, y la lluvia disolvió el yeso que aprisionaba a la ovejita negra.

Pero la pobre ovejita estaba tan triste que ni siquiera se alegraba de verse libre otra vez.

“¿Qué voy a hacer —pensaba—, si mis compañeras no me quieren porque soy negra? He intentado volverme blanca como ellas y no lo he logrado... ¿Qué será de mí?”

La oveja negra se puso a llorar desconsoladamente y, sin darse cuenta de lo que hacía, empezó a caminar por el bosque. En un momento el lobo que estaba descansando sintió olor a oveja, pues los lobos tienen muy buen olfato. Pero como era tarde no pudo verla, claro, era la oveja negra que caminaba distraída por allí. “Que raro —dijo el lobo—. Me pareció oler algo, pero debe ser el hambre que me hace imaginar a una oveja cerca”. Precisamente, a causa de su color la ovejita era casi invisible en la oscuridad.

De pronto la ovejita se encontró con un cuervo y le preguntó:

—¿Por qué lloras ovejita?

—Porque soy negra —contestó ella.

—Yo también soy negro y estoy muy contento de serlo —dijo él—. Mira qué bonito es mi plumaje.

—Sí, tus plumas negras y brillantes son muy bonitas —admitió la ovejita—, pero en una oveja es distinto. Las ovejas normales son blancas.

—Te equivocas —dijo el cuervo, que es un pájaro sociable, muy listo y muy sabio—. En un lejano país llamado Rusia hay incluso rebaños enteros de ovejas negras, llamadas karakul, cuya lana es la más apreciada del mundo.

Al oír aquello, la ovejita se puso contentísima. Esa noche, sin dejar de pensar en las ovejas negras, decidió ir a Rusia a reunirse con ellas. La ovejita negra se durmió cerca del resto del rebaño, dispuesta a marcharse al día siguiente.

Esa misma noche el lobo había planeado todo: se llevaría una por una, apenas estuvieran todas dormidas. Pero el ruido ocasionado por el lobo despertó a la oveja negra, que vio con horror como el lobo se estaba llevando a una de sus compañeras.

Miró a su alrededor en busca de las demás, para avisarlas del peligro, y entonces se dio cuenta de que no quedaba ninguna.

¡El astuto lobo se las había ido llevando de a poco! Sólo la oveja negra se había salvado, pues el lobo tampoco pudo verla aquí.

Valientemente, la oveja negra siguió al lobo hasta su cueva en el bosque y abrió la puerta para que escaparan sus compañeras.

El lobo, al verlas huir, intentó detenerlas; pero la oveja negra se lanzó contra él y le dio un terrible cabezazo en el estómago. Por el olor, el lobo supo que quien le había atacado era una oveja; pero como no podía verla, se asustó muchísimo.

“¡Es una oveja fantasma!”, pensó con horror, y se fue con el rabo entre las piernas y el corazón en la boca.

Entonces las demás ovejas comprendieron que habían sido malas y estúpidas despreciando a la negra sólo por ser diferente. Le dieron las gracias por haberlas salvado y le pidieron perdón, y al día siguiente organizaron una gran fiesta en su honor.

Desde aquel día, la oveja negra vivió feliz en el rebaño, donde todas la querían y respetaban, y nunca nadie volvió a burlarse de ella por ser de distinto color que las demás.

## VI

Al día siguiente y luego de temblar toda la noche por la oveja fantasma, el pastorcito, quien ya no hacía más bromas pesadas, lleva ahora un rebaño de cabras con unos perros para que lo ayudaran con el cuidado del rebaño. Entre los animales había una cabrita distraída que siempre quedaba retrasada, dado que siempre estaba tocando con su flauta, bellas melodías.

En un momento en que quedó última, vio al lobo que asomaba su hocico por entre unos matorrales. Miró hacia adelante y se dio cuenta que estaba sola, muy lejos del rebaño. En ese instante el lobo feroz se le presentó y la lista cabrita le dijo:

—Señor lobo, se que usted me comerá. Pero le pido un último deseo. Le ruego toque la flauta que llevo y yo bailaré mi última danza.

El lobo, que no sospechaba nada, no tuvo inconveniente en hacer lo le pedía la cabrita. Así es que se puso a tocar la flauta, mientras la cabrita bailaba y saltaba mirando a lo lejos. Entonces vio a los perros pastores que oyeron la música y vieron al lobo tocando la flauta. Cuando el lobo se dio cuenta de ello, huyó despavorido diciendo:

—Eres muy astuta cabrita. ¡Ya verás!

El pastorcito y los perros retaron a la cabrita, y le dijeron que tuviera más cuidado la próxima vez.

## VII

Un perro estaba durmiendo tranquilamente delante del granero que cuidaba. A diferencia del otro perro, éste estaba flaco y hambriento. El desalmado amo era muy avaro y le daba de comer sólo las sobras. El lobo, que se moría de hambre, pensó en comerse a ese animal. Cuando se acercó el perro, este se despertó y sobresaltado le dijo:

—Lobo ¿de qué podría servirte comerme ahora? Dentro de unos días celebrará mi amo una gran fiesta. Entonces comeré abundantemente y engordaré. Cuando vuelvas a pasar te encontrarás con un perruno manjar.

El lobo lo pensó un poco, y viendo las costillas del animal que se dibujaban en la piel, aceptó la propuesta del perro. Y sin decir más se retiró diciendo “¡Hasta la vuelta!”.

Al cabo de algunos días regresó el lobo. Pero ya no halló al perro dormido en la puerta del granero, sino que estaba en el altillo. Entonces el lobo le recordó lo convenido y le pidió que bajara.

—Lobo —le dijo el perro en tono de burla—, si otra vez me sorprendes, ¡no esperes a ninguna fiesta!

## VIII

Una mañana, el lobo, pasó cerca del establo de la familia cabra. El hambre ya era insoportable y su aspecto triste.

Aquel día, mamá cabra tuvo que salir de compras y les dijo a sus siete hijas:

—No abran la puerta a nadie más que a mí; sobre todo, deben tener mucho cuidado con el lobo, que es muy astuto y es probable que intente atraparlas. Recuerden que ya se comió algunas ovejitas y casi te come a ti — dijo señalando a la más pequeña.

No se equivocaba mamá cabra, pues el lobo hambriento, que lo había visto y oído todo, se acercó sigilosamente a la casa de las cabritas y llamó a la puerta.

—¿Quién es? —preguntaron las cabritas.

—Soy yo, su madre, abran la puerta —contestó el lobo, imitando la voz de mamá cabra; sin embargo, le salió una voz fuerte y ronca, aunque hay que reconocer que imitando voces era muy bueno, como cuando imitó a la voz de la abuelita. Entonces la más pequeña de las cabritas, que si bien era muy distraída, era la más lista, le dijo:

—Nuestra madre tiene la voz más fina; tú eres el lobo.

Al darse cuenta de que era la misma cabrita que se escapó cuando le hizo tocar la flauta, se enfureció más. “Esta vez no se me escapará” pensaba el lobo. Como su vozarrón le delataba, el lobo se comió unos cuantos huevos crudos que había en el gallinero del campesino. Intentaba con esto suavizar su voz. El perro, que estaba atado, ladraba sin cesar; pero como el campesino no estaba, el lobo comió los huevos tranquilamente.

Al cabo de un rato volvió a llamar a la puerta de las cabritas, y esta vez la voz le salió mucho más fina; pero la cabrita más pequeña no se fiaba; abrió un poco la puerta, dejando la cadena puesta, y dijo:

—Enséñanos la pata por la rendija.

Al ver la pata negra del lobo, las cabritas cerraron la puerta gritando:

—¡Tú no eres nuestra madre! ¡Ella tiene la pata blanca!

Entonces el lobo, furioso, paró al molinero que esta vez estaba llevando una bolsa de harina y lo amenazó:

—Abre tu bolsa si no quieres que te coma.

Muy asustado, el molinero abrió la bolsa y el lobo metió la pata en la harina. Algo desconcertado el hombre comenta:

—¿Qué les pasa a todos los animales? El otro día una oveja negra y ahora el lobo.

—¿Cómo una oveja negra? —preguntó el lobo.

— Si, ayer pasó una oveja negra que se llenó de harina para parecer blanca.

— ¡Esa es la respuesta! y yo que pensaba era un fantasma —se consolaba el lobo.

Luego de reflexionar lo ocurrido con la oveja negra, volvió a la casa de las cabritas y llamó a la puerta.

—¿Quién es? —preguntaron las cabritas.

—Soy yo, su madre, abran la puerta, que vengo muy cargada —contestó el lobo poniendo la voz más suave que pudo.

—¡Es mamá! —gritaron las cabritas. Pero la más pequeña seguía desconfiando y, una vez más, le pidió al lobo que enseñara la pata por la rendija.

El lobo enseñó su pata blanqueada con harina, y las cabritas creyeron que era su mamá.

Imagínense el espanto de las pobres cabritas al abrir la puerta y ver que no era su mamá, sino el lobo feroz.

Todas corrieron a esconderse por el establo: una se metió en la alacena, otra debajo de una cama, otra dentro de la chimenea... Pero el lobo las fue encontrando una tras otra, y estaba tan hambriento que en cuanto las agarraba se las tragaba de un bocado.

A la única que no encontró fue a la más pequeña, que se había escondido dentro del reloj de pared, pues al lobo no se le ocurrió que pudiera haber allí. “No importa —se decía el lobo—, estoy satisfecho. Mañana volveré por la cabrita flautista”.

Cuando volvió mamá cabra y encontró la puerta abierta y la casa vacía, se echó a llorar desconsoladamente.

La cabrita más pequeña salió de su escondite, abrazó a su madre y le contó que el lobo se había comido a sus seis hermanas. Mamá cabra y su pequeña hija estaban desesperadas.

Echaron a andar por el bosque, sin dejar de llorar, y de pronto vieron al lobo durmiendo la siesta debajo de un árbol. Tenía la barriga hinchadísima por el atracón que se acababa de dar con las seis cabritas.

Mamá cabra y su hija se acercaron al lobo dormido, y cuál no sería su sorpresa al oír una vocecillas que salían del interior de su tripa. ¡Eran las cabritas, que, como se las había tragado enteras, estaban aún vivas y cuchicheaban entre ellas!

Entonces mamá cabra le dijo a su hijita:

—¡Corre al establo y tráeme las tijeras, hilo y aguja!

Sin pérdida de tiempo, la cabrita hizo lo que decía su madre, que, con mucho cuidado, abrió con las tijeras la barriga del lobo.

El lobo estaba tan dormido que ni se dio cuenta, y las seis cabritas fueron saliendo de su interior sin hacer ruido.

Imposible describir la alegría de las cabritas y su madre al verse de nuevo juntas; querían reír y gritar, pero no lo hicieron para no despertar al lobo.

Entonces mamá cabra dijo a sus hijas que buscaran piedras bien grandes, y fue llenando con ellas la barriga del lobo.

Cuando la tripa del animal estuvo completamente llena de piedras, mamá cabra tomó aguja e hilo y se la cosió. Tan bien cosió mamá cabra la piel del lobo, que parecía que allí no había pasado nada, pues su barriga estaba tan hinchada como antes a causa de las piedras.

Al cabo de un rato, el lobo se despertó y, claro, como estaba lleno de piedras, se sintió muy pesado.

“Creo que he comido demasiado”, pensó el lobo. “Será mejor que beba un poco de agua, a ver si baja la comida.”

El lobo se acercó a un pozo que había en el pueblo y se asomó para sacar agua; pero como pesaba tanto a causa de las piedras, se cayó en él y se ahogó.

## EPÍLOGO

Todo el pueblo hizo una fiesta, que duró varias horas, y en ella estuvieron Caperucita Roja y su familia, el pastorcito, el molinero, el campesino con su perro y los demás animales: la cigüeña, las siete cabritas, el perro flaco, la oveja negra y el cuervo. Estaban festejando que el lobo feroz no los molestaría nunca más.

Así es como este poblado celebró el haberse librado del lobo. Un personaje que nunca nadie olvidará... o no es así?

## ACTIVIDADES

¿Cuántos cuentos o fábulas puedes encontrar en este cuento?

¿Conoces a sus autores?

¿Qué otros cuentos con un lobo conoces?

¿Es tan malo el lobo como parece?

¿Está bien mentir?

¿Esta mal que coma ovejas o cabras?

¿Nosotros no comemos animales?

Arrancar flores y matar mosquitos... ¿está bien? y ¿desobedecer a los padres?

En relación a la libertad... quién tiene la razón: ¿el perro o el lobo?

¿Qué actitud debemos tener frente al diferente?

¿Siempre hay que ser precavidos cuando uno está solo en casa?

Sigue pensando preguntas...

## BIBLIOGRAFÍA

### **EDITORIAL SIGMAR**

**Fábulas. Colección Estrella – 1963**

**Adaptación: Julia Daroqui**

El Cabrito y el Lobo Flautista – Esopo

El Perro Dormido y el Lobo – Esopo

Fábula del Pastor y las Ovejas – Samaniego

Fábula del Lobo y la Cigüeña – La Fontaine

### **EDITORIAL PLANETA**

**Mi Primera Biblioteca – 1992**

**Adaptación: Carlo Frabetti**

Fábula del Perro y el Lobo – Esopo

Caperucita Roja y el Lobo – Hermanos Grimm

Las Siete Cabritas – Hermanos Grimm

La Oveja Negra – Carlo Frabetti